

MANUEL BARROS ~ FEDERICO FUERTES  
JUAN GUERRERO ZAMORA ~ JUAN PEREZ CREUS  
GABRIEL BALDRICH ~ ANTONIO CHICHARRO  
CARLOS MORILLO ~ JUAN CORRALES  
RAFAEL DE COZAR ~ MIGUEL GUERRERO  
JUAN CARLOS FDEZ. SERRATO ~ JUAN DELGADO

Nº 4, Marzo 1997. 350 ptas.  
Publicación no periódica

ASI,  
ROITHAMER

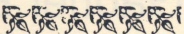


tes en cuanto se refiere a su producción poética lírica y a la relacionada con la Pedagogía o la Geopolítica, géneros de muy escasa popularidad; pero, ¿qué decir por lo que afecta a su condición de excepcional epigramista, tan leído y elogiosamente comentado?

Pienso que, al firmar su poesía satírica con distintos seudónimos, mi viejo amigo y «copain» ha desorientado a su vastísima e incondicional cliente-lectora. En el diario «Arriba» firmaba como «Mase Pérez»; en la revista «Interviú», como «El satiricón»; en el semanario «Sábado Gráfico», como «El Pájaro Pinto» y «El cocodrilo Leopoldo»; y ahora, en «Epoca», donde mantiene su colaboración (Jaime Campmany es uno de sus grandes admiradores / valederos), como «El Diablo Cojuelo». Y así, como se comprenderá, difícil es lograr su identificación personal. No es el caso de un «Azorín» (José Martínez Ruiz), un «Pablo Neruda» (Nefalí Ricardo Reyes) o un «Alejandro Casona» (Alejandro Rodríguez Álvarez), que se cubrieron con la piel de un solo seudónimo y, sin más, es decir, sin necesidad de pregonar sus verdaderos nombres y apellidos, obtuvieron el reconocimiento popular, con unas señas de identidad en la que la piel postiza acabó relegando a la natural.



## UNAMUNO Y LA INTRAHISTORIA: CIEN AÑOS

Antonio Chicharro Chamorro 

Dados los tiempos que nos asisten de notable deshistorización y rebajamiento de tono de la capacidad crítica y aprovechando la efímera actualidad que otorga la celebración de un aniversario, me ha parecido oportuno traer a la memoria de los lectores la agitadora voz histórica de Unamuno, voz que todavía se oye en el ensayo «La tradición eterna», dado a la luz en 1895, ensayo en el que don Miguel puso toda su información, intuición y razón crítica al servicio de su propia historia, la de aquel convulso final de siglo.

Traer, pues, a nuestro momento presente la memoria de lo que es un modelo de creación y crítica, tal vez suponga ahondar en la conciencia de un posible vacío. En este sentido, recuerdo ahora una afirmación del profesor Lázaro Carreter, en la que decía que no es saludable la indiferencia que mostramos con Unamuno, del que más que los hechos deberían de servirnos de modelo el gesto, su energía para la disensión. El ensayo, integrado luego en el libro *En torno al casticismo* (1902), ejerció una fuerte atracción por la serie de novedosas ideas y argumentaciones allí presentes, ideas que alcanzan una dimensión discursiva sostenida por una red metafórica de amplio vuelo, consecuencia de una decidida voluntad de estilo con la que el joven Unamuno pretendía hacerse notar.

A esta razón, que atiende a nuestra inmediata coyuntura histórica, conviene sumarle otra proveniente de la cantidad y calidad de la obra de don Miguel, una obra que como los agudos y elevados picos llenan permanentemente nuestro paisaje mostrando cualesquiera de sus caras. Esto explica que, desde hace ya un siglo, la crítica venga hablando de la permanente actualidad de la obra unamuniana, actualidad sometida en buena lógica a los vaivenes de la historia y de la cultura filosófica y literaria españolas. Por lo tanto, no cabe realizar ni siquiera

un resumen porque ello implicaría abor- dar una dimensión de la historia de la crítica literaria española contemporánea. De todos modos y como simple botón de muestra, voy a referirme a algunos razonamientos que se han ofrecido al respecto tras la escondida muerte del escritor.

Por ejemplo, la actualidad que le atribuye José Fernández Montesinos en 1937, en un artículo publicado en *Hora de España* con ocasión de la muerte de Unamuno, donde insiste en la necesidad de volver a sus libros tanto en aquel tiempo de guerra civil como en el que habría de llegar de paz, con objeto de educarnos para la percepción del enemigo y para la comprensión de lo transhistórico español, una manera de contrarrestar el tradicionalismo cainita que estaba bañando en sangre el suelo ibero, para lo que la lectura de *En torno al casticismo* resultaba imprescindible. Efectivamente, en tiempo de la paz -en realidad, de guerra silenciosa-, en la larguísima postguerra, Unamuno fue leído e invocado hasta convertirse en uno de los potentes motores del proceso rehumanizador y de la cultura de la resistencia.

En los años sesenta y siguientes, la aparición de trabajos significativamente titulados «Unamuno y nosotros» (1966) y «Unamuno, hoy día» (1967), de López Aranguren y Ferrater Mora, respectivamente, nos muestran a las claras la vigente permanencia de la obra del escritor vasco en un momento de ruptura definitiva de la cultura de la resistencia y de apertura de horizontes en España con el cultivo de una cultura de ruptura y abierta oposición. La actualidad de Unamuno procede también, cómo no, de las dificultades comprensivas que encierra una obra de tantas caras y aristas. Más recientemente, a partir de los años ochenta, se ha defendido y proclamado su actualidad con diferentes razonamientos. Así, se ha considerado un gigante del pen-

